

cumplimentaron á Cortés en nombre del senado, y le hicieron saber el permiso que se le concedía de ir con su ejército á Tlaxcala, manifestándole al mismo tiempo que las hostilidades cometidas hasta entónces habian sido culpa de los Otomites, y ofreciéndose á pagarle los caballos muertos. Cortés fingió dar crédito á su mensaje, y manifestó su gratitud al senado. Los Tlaxcaltecas se despidieron, y retiraron del campo sus muertos para quemarlos. Cortés mandó enterrar los dos caballos, para evitar que con su vista se animasen los enemigos á cometer nuevas hostilidades.

Al dia siguiente marchó el ejército hasta la proximidad de unas montañas, entre las cuales habia unos barrancos. Allí lo alcanzaron los otros dos mensajeros cempoaltecas, que habian quedado en Tlaxcala, bañados de sudor y de lágrimas, y maldiciendo la perfidia y la crueldad de los Tlaxcaltecas; pues violando el derecho de gentes, los habian maltratado y aprisionado, destinándolos para el sacrificio, del que se habian libertado, habiendo tenido la fortuna de poderse desatar uno á otro. Esta relacion era ciertamente falsa; pues era imposible que se libertasen por sí las víctimas, tanto por la estrechez de las jaulas en que las tenian, cuanto por la vigilancia de las guardias que las custodiaban: ademas que no habia ejemplo de haber faltado los Tlaxcaltecas al respeto debido al carácter de los embajadores, y mucho ménos siendo estos de una nacion tan estrechamente unida con ellos por los vínculos de la amistad. Lo que parece mas verosímil es, que el senado, despues de haber despedido los primeros mensajeros, entretuvo á los otros dos, para despacharlos cuando hubiesen sido probadas las fuerzas de los españoles, y que ellos impacientes de volver

cempoaltecas volvieron á Cortés antes de haber entrado este en el país de Tlaxcala; pero Cortés afirma lo contrario. En cuanto á la relacion de los otros dos que quedaron en Tlaxcala, aunque casi todos los historiadores españoles le han dado fe, es enteramente increíble por las razones dadas en el testo. Robertson hace algunas conjeturas para darle verosimilitud; pero no convencen.

al ejército, se fugaron ocultamente, y procuraron justificar su resolucion con aquel pretesto.

GUERRA DE TLAXCALA.

Apénas habian terminado los Cempoaltecas su relacion, cuando se dejó ver una hueste de cerca de mil Tlaxcaltecas, los cuales, luego que descubrieron á los españoles, empezaron á tirarles flechas, piedras y dardos. Cortés, despues de haberles protestado delante del notario regio del ejército, y por medio de tres prisioneros, que no venia con intenciones hostiles, rogándoles al mismo tiempo que no le tratasen como á enemigo, viendo que sus reconvencciones eran inútiles, dió orden de rechazarlos. Los Tlaxcaltecas se retiraron, atrayendo á los españoles á los barrancos de que he hecho mencion, donde no podian manejar su caballos, y donde los esperaba un gran ejército [1]. Allí se dió un encuentro terrible, en que los españoles se creyeron perdidos; pero reunidos en el mejor orden que pudieron, y animados por las exhortaciones y el ejemplo de su general, se desembarazaron de aquel peligro, y entrando en la llanura, hicieron tan grande estrago en los enemigos con la artillería y con los caballos, que los obligaron á retirarse. De los Tlaxcaltecas hubo un gran número de heridos, y no poco de muertos. De los españoles, aunque hubo quince gravemente heridos, solo uno murió al dia siguiente. En esta ocasion hubo un famoso duelo entre un capitan tlaxcalteca y un noble cempoalteca, de los que habian ido con el mensaje á Tlaxcala. Los dos pelearon bravamente largo rato á vista de ambos ejércitos; mas al fin venció el cempoalteca, que habiendo arrojado al suelo á su contrario, le cortó la cabeza, y la llevó en triunfo á los suyos. Celebróse la victoria con

[1] Bernal Diaz dice que el ejército tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres: Cortés creyó que pasaba de cien mil: otros escritores dicen treinta mil. Es difícil conocer á ojo el número de hombres de un ejército, sobre todo, no observando este el orden de la milicia europea. Por no esponerme á errar, me contento con decir que el ejército era grande.

aclamaciones y con música militar. El sitio en que se dió esta batalla se llamaba Teoatzincon, es decir, lugar del agua divina.

Aquella noche acampó el ejército español en una colina, en que habia una torre á distancia de cerca de diez y ocho millas de la capital de Tlaxcala. Construyéronse barracas para comodidad de las tropas, y se hicieron trincheras para su defensa. Allí estuvo el campo de los españoles hasta la paz con aquella república.

Cortés para obligar con sus hostilidades á los Tlaxcaltecas á recibir la paz y la amistad que les ofrecia, salió el tres de setiembre con su caballería, cien peones españoles, cuatrocientos Cempoaltecas y trescientos Mexicanos de la guarnicion de Iztacmaxtitlan: quemó cinco ó seis caseríos vecinos, é hizo cuatrocientos prisioneros, los cuales despues, de haberlos obsequiado y regalado, puso en libertad, encargando á los principales de entre ellos que fueran de su parte á ofrecer la paz á los caudillos de su nacion. Estos fueron en derechura á Xicotencatl el jóven, el cual estaba acampado con un gran ejército á seis millas de distancia de aquella colina. El orgulloso Tlaxcalteca respondió que, si los españoles querian tratar de paz, se encaminasen á la capital, donde serian víctimas consagradas á sus dioses, y sus carnes, manjar de los Tlaxcaltecas; que por su parte, al dia siguiente les enviaria una persona con la respuesta decisiva. Esta resolucion, notificada á los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tanta consternacion, que pasaron la noche preparándose á la muerte con la confesion sacramental, sin descuidar por esto las precauciones necesarias á su defensa.

Al dia siguiente, 5 de setiembre, se presentó el ejército tlaxcalteca, no ménos terrible á la vista por su innumerable muchedumbre (1), que hermoso por la variedad de penachos y otros adornos militares que ostentaban los guerreros. Dividiase en cinco hues-

(1) Cortés dice que el ejército tlaxcalteca era de mas de 149,000 hombres: Bernal Diaz asegura, como

tes de diez mil hombres cada una; llevaban estas sus respectivos estandartes, y á retaguardia, segun el uso de aquellas naciones, venia la insignia comun y principal de la república, que como ya he dicho, era un águila de oro, con las alas estendidas. El arrogante Xicotencatl, para dar á entender el poco caso que hacia de los españoles, y que no queria vencerlos por hambre, sino con las armas y con el valor, les envió un regalo de trescientos pavos y doscientas canastas de *tamalli*, exhortándolos á restaurar sus fuerzas para la batalla. De allí á poco destacó dos mil hombres animosos para que asaltasen el campamento de los españoles. Este asalto fué tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y combatieron cuerpo á cuerpo con los españoles. Los Tlaxcaltecas hubieran conseguido la victoria en aquella ocasion, tanto por el número superior de sus tropas, cuanto por su valor y la cualidad de sus armas, que eran picas, espadas, y dardos de dos y tres puntas, si la discordia suscitada entre ellos, no hubiera facilitado el triunfo á sus enemigos. El hijo de Chichimeca-teuctli, que mandaba el cuerpo de tropas de su padre [1], habiendo sido injuriado con palabras por el arrogante Xicotencatl, se indignó de tal modo, que lo desafió á combate singular, que decidiese de su valor y de su suerte; y no pudiendo obtener de él aquella satisfaccion, para vengarse de algun modo, retiró del campo las tropas que estaban bajo sus órdenes, é indujo á Tlehuexolotzin á que hiciera lo mismo. Apesar de tan gran disminucion del ejército, la batalla fué obstinada y sangrienta. Los

cosa averiguada y sabida, que constaba de 50.000, esto es, 10.000 de Maxixcatzin; 10.000 de Xicotencatl; 10.000 de Tlehuexolotzin; 10.000 de Chichimecateuctli, uno de los señores principales de aquella república; 10.000 de Tecpanecatli, señor de Topoxanco, ciudad considerable de la misma. Estos nombres fueron sin embargo muy alterados por aquel escritor. Su cálculo parece verosímil: el que se lee en las Cartas de Cortés pudo ser error de imprenta.

(1) Solís dice que Chichimeca-teuctli era aliado de la república; pero se engaña, pues sabemos por todos los historiadores que era uno de los principales señores de ella.

cumplimentaron á Cortés en nombre del senado, y le hicieron saber el permiso que se le concedía de ir con su ejército á Tlaxcala, manifestándole al mismo tiempo que las hostilidades cometidas hasta entónces habian sido culpa de los Otomites, y ofreciéndose á pagarle los caballos muertos. Cortés fingió dar crédito á su mensaje, y manifestó su gratitud al senado. Los Tlaxcaltecas se despidieron, y retiraron del campo sus muertos para quemarlos. Cortés mandó enterrar los dos caballos, para evitar que con su vista se animasen los enemigos á cometer nuevas hostilidades.

Al día siguiente marchó el ejército hasta la proximidad de unas montañas, entre las cuales habia unos barrancos. Allí lo alcanzaron los otros dos mensajeros cempoaltecas, que habian quedado en Tlaxcala, bañados de sudor y de lágrimas, y maldiciendo la perfidia y la crueldad de los Tlaxcaltecas; pues violando el derecho de gentes, los habian maltratado y aprisionado, destinándolos para el sacrificio, del que se habian libertado, habiendo tenido la fortuna de poderse desatar uno á otro. Esta relacion era ciertamente falsa; pues era imposible que se libertasen por sí las víctimas, tanto por la estrechez de las jaulas en que las tenian, cuanto por la vigilancia de las guardias que las custodiaban: ademas que no habia ejemplo de haber faltado los Tlaxcaltecas al respeto debido al carácter de los embajadores, y mucho ménos siendo estos de una nacion tan estrechamente unida con ellos por los vínculos de la amistad. Lo que parece mas verosímil es, que el senado, despues de haber despedido los primeros mensajeros, entretuvo á los otros dos, para despacharlos cuando hubiesen sido probadas las fuerzas de los españoles, y que ellos impacientes de volver

cempoaltecas volvieron á Cortés ántes de haber entrado este en el pais de Tlaxcala; pero Cortés afirma lo contrario. En cuanto á la relacion de los otros dos que quedaron en Tlaxcala, aunque casi todos los historiadores españoles le han dado fe, es enteramente increíble por las razones dadas en el testo. Robertson hace algunas conjeturas para darle verosimilitud; pero no convencen.

al ejército, se figaron ocultamente, y procuraron justificar su resolucion con aquel pretesto.

GUERRA DE TLAXCALA.

Apénas habian terminado los Cempoaltecas su relacion, cuando se dejó ver una hueste de cerca de mil Tlaxcaltecas, los cuales, luego que descubrieron á los españoles, empezaron á tirarles flechas, piedras y dardos. Cortés, despues de haberles protestado delante del notario regio del ejército, y por medio de tres prisioneros, que no venia con intenciones hostiles, rogándoles al mismo tiempo que no le tratasen como á enemigo, viendo que sus reconvencciones eran inútiles, dió orden de rechazarlos. Los Tlaxcaltecas se retiraron, atrayendo á los españoles á los barrancos de que he hecho mencion, donde no podian manejar su caballos, y donde los esperaba un gran ejército [1]. Allí se dió un encuentro terrible, en que los españoles se creyeron perdidos; pero reunidos en el mejor orden que pudieron, y animados por las exhortaciones y el ejemplo de su general, se desembarazaron de aquel peligro, y entrando en la llanura, hicieron tan grande estrago en los enemigos con la artillería y con los caballos, que los obligaron á retirarse. De los Tlaxcaltecas hubo un gran número de heridos, y no poco de muertos. De los españoles, aunque hubo quince gravemente heridos, solo uno murió al día siguiente. En esta ocasion hubo un famoso duelo entre un capitán tlaxcalteca y un noble cempoalteca, de los que habian ido con el mensaje á Tlaxcala. Los dos pelearon bravamente largo rato á vista de ambos ejércitos; mas al fin venció el cempoalteca, que habiendo arrojado al suelo á su contrario, le cortó la cabeza, y la llevó en triunfo á los suyos. Celebróse la victoria con

[1] Bernal Diaz dice que el ejército tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres: Cortés creyó que pasaba de cien mil: otros escritores dicen treinta mil. Es difícil conocer á ojo el número de hombres de un ejército, sobre todo, no observando este el orden de la milicia europea. Por no esponerme á errar, me contento con decir que el ejército era grande.

aclamaciones y con música militar. El sitio en que se dió esta batalla se llamaba Teotzincon, es decir, lugar del agua divina.

Aquella noche acampó el ejército español en una colina, en que habia una torre á distancia de cerca de diez y ocho millas de la capital de Tlaxcala. Construyéronse barracas para comodidad de las tropas, y se hicieron trincheras para su defensa. Allí estuvo el campo de los españoles hasta la paz con aquella república.

Cortés para obligar con sus hostilidades á los Tlaxcaltecas á recibir la paz y la amistad que les ofrecia, salió el tres de setiembre con su caballería, cien peones españoles, cuatrocientos Cempoaltecas y trescientos Mexicanos de la guarnicion de Iztacmaxtitlan: quemó cinco ó seis caseríos vecinos, é hizo cuatrocientos prisioneros, los cuales despues, de haberlos obsequiado y regalado, puso en libertad, encargando á los principales de entre ellos que fueran de su parte á ofrecer la paz á los caudillos de su nacion. Estos fueron en derecho á Xicotencatl el jóven, el cual estaba acampado con un gran ejército á seis millas de distancia de aquella colina. El orgulloso Tlaxcalteca respondió que, si los españoles querian tratar de paz, se encaminasen á la capital, donde serian víctimas consagradas á sus dioses, y sus carnes, manjar de los Tlaxcaltecas; que por su parte, al día siguiente les enviaria una persona con la respuesta decisiva. Esta resolucion, notificada á los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tanta consternacion, que pasaron la noche preparándose á la muerte con la confesion sacramental, sin descuidar por esto las precauciones necesarias á su defensa.

Al día siguiente, 5 de setiembre, se presentó el ejército tlaxcalteca, no ménos terrible á la vista por su innumerable muchedumbre (1), que hermoso por la variedad de penachos y otros adornos militares que ostentaban los guerreros. Dividióse en cinco hues-

(1) Cortés dice que el ejército tlaxcalteca era de mas de 149,000 hombres: Bernal Diaz asegura, como

tes de diez mil hombres cada una; llevaban estas sus respectivos estandartes, y á retaguardia, segun el uso de aquellas naciones, venia la insignia comun y principal de la república, que como ya he dicho, era un águila de oro, con las alas estendidas. El arrogante Xicotencatl, para dar á entender el poco caso que hacia de los españoles, y que no queria vencerlos por hambre, sino con las armas y con el valor, les envió un regalo de trescientos pavos y doscientas canastas de *tamalli*, exhortándolos á restaurar sus fuerzas para la batalla. De allí á poco destacó dos mil hombres animosos para que asaltasen el campamento de los españoles. Este asalto fué tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y combatieron cuerpo á cuerpo con los españoles. Los Tlaxcaltecas hubieran conseguido la victoria en aquella ocasion, tanto por el número superior de sus tropas, cuanto por su valor y la cualidad de sus armas, que eran picas, espadas, y dardos de dos y tres puntas, si la discordia suscitada entre ellos, no hubiera facilitado el triunfo á sus enemigos. El hijo de Chichimeca-teuctli, que mandaba el cuerpo de tropas de su padre [1], habiendo sido injuriado con palabras por el arrogante Xicotencatl, se indignó de tal modo, que lo desafió á combate singular, que decidiese de su valor y de su suerte; y no pudiendo obtener de él aquella satisfaccion, para vengarse de algun modo, retiró del campo las tropas que estaban bajo sus órdenes, é indujo á Tlehuexolotzin á que hiciera lo mismo. Apesar de tan gran disminucion del ejército, la batalla fué obstinada y sangrienta. Los

cosa averiguada y sabida, que constaba de 50.000, esto es, 10.000 de Maxixcatzin; 10.000 de Xicotencatl; 10.000 de Tlehuexolotzin; 10.000 de Chichimecateuctli, uno de los señores principales de aquella república; 10.000 de Tecpanecatli, señor de Topoxanco, ciudad considerable de la misma. Estos nombres fueron sin embargo muy alterados por aquel escritor. Su cálculo parece verosímil: el que se lee en las Cartas de Cortés pudo ser error de imprenta.

(1) Solís dice que Chichimeca-teuctli era aliado de la república; pero se engaña, pues sabemos por todos los historiadores que era uno de los principales señores de ella.

españoles, despues de haber rechazado valerosamente las tropas que habian asaltado su campamento, marcharon en orden de batalla contra el cuerpo del ejército tlaxcalteca. Los estragos que hacia en su agolpada muchedumbre la artillería, no bastaban á hales volver la espalda, ni impedian que se llenasen prontamente los vacíos que los muertos dejaban; ántes bien con su firmeza é intrepidez habian puesto en confusion y derrota á los españoles, no obstante los gritos y reconvenções de Cortés y de sus capitanes. Finalmente, despues de cuatro horas de combates volvieron victoriosos los españoles á su campo, aunque no cesaron los Tlaxcaltecas de molestarlos en el curso de aquel mismo dia. De los españoles faltó un solo hombre, habiendo sido heridos sesenta, y todos los caballos. Los Tlaxcaltecas tuvieron muchos muertos; pero no se vió un solo cadáver, por la suma diligencia y prontitud con que los retiraban del campo de batalla.

Disgustado Xicotencatl de aquella expedicion, hizo consultar á los adivinos de Tlaxcala, y estos respondieron que aquellos extranjeros, como hijos que eran del sol, no podian ser vencidos durante el dia; pero cuando llegaba la noche, y les faltaba el calor de aquel planeta, les faltaban tambien las fuerzas para defenderse. En virtud de aquel oráculo, resolvió el general dar de noche un asalto al campamento de los españoles. Entre tanto Cortés salió de nuevo para hacer hostilidades en los pueblos inmediatos, de los cuales quemó diez, y entre ellos uno de tres mil vecinos, y se volvió con algunos prisioneros.

Xicotencatl, para no errar el golpe que meditaba, quiso informarse de las disposiciones y de las fuerzas del campamento de los enemigos. Envió para esto cincuenta hombres á Cortés, con un regalo, y con expresiones de benevolencia y de urbanidad, encargándoles al mismo tiempo que observasen atentamente la disposicion interior de aquel sitio; mas no pudieron hacerlo con tanto disimulo, que no lo echase de ver Teuch, uno de los tres principales cempoaltecas, el

cual dió parte inmediatamente á Cortés de sus sospechas. Este general, habiendo llamado aparte á algunos de los mensajeros, los obligó con amenazas á declarar que Xicotencatl pensaba dar el asalto la noche siguiente, y que ellos habian sido enviados para averiguar el punto por donde seria mas fácil la entrada. Cortés, oida su confesion, les hizo cortar las manos á todos los cincuenta (1), y los mandó á su gefe, encargándoles hacerle saber que, viniese de dia ó de noche á su campo, le haria conocer que eran españoles; y pareciéndole aquella ocasion favorable para la batalla, ántes que los enemigos estuviesen apercebidos al asalto, salió al anochecer con un buen número de tropas y con su caballos, á los que hizo poner campanillas en los pretales, y marchó al encuentro de los enemigos, que ya se encaminaban hácia el campamento. La vista del castigo ejecutado en los espías, y el ruido de las campanillas en el silencio y en la oscuridad de la noche, inspiraron tanto miedo á los Tlaxcaltecas, que inmediatamente echaron á huir, y el mismo Xicotencatl volvió lleno de confusion y vergüenza á la capital. Tomó de allí ocasion Maxixcatzin para inculcar su primer sentimiento, añadiendo á las razones que ya habia espuesto, la esperiencia funesta de tantas acciones perdidas: lo que bastó á mover el ánimo de todo el senado á la paz.

NUEVA EMBAJADA Y REGALOS DE MOTEUCZOMA.

Miéntas se ventilaba este negocio en Tlaxcala, se consultaba en México sobre lo que debia hacerse con aquellos extranjeros. Moteuczoma, noticioso de las victorias de los españoles, y temiendo su confederacion con los Tlaxcaltecas, llamó al rey de Texcoco, su sobrino, al príncipe Cuitlahuatzin y á otros sus consejeros: les espuso el estado de las cosas, les descubrió sus temores, y les pidió su parecer sobre el partido que le convendria tomar en tan arduas circunstancias. El

[1] Algunos historiadores españoles dicen que á los espías tlaxcaltecas solo los dedos se les cortaron; pero el mismo Cortés asienta que les hizo cortar las manos.

rey de Texcoco se mantuvo en su primer parecer: esto es, que los extranjeros fuesen magníficamente tratados por donde quiera que pasasen; que fuesen benignamente admitidos en la capital, y se diese oídos á sus proposiciones, como á las de cualquier vasallo, mostrando siempre el rey su superioridad, y guardando aquel decoro que convenia á la magestad del trono; que si llegaban á maquinarse contra lo persona del rey ó contra la seguridad del estado, se empleasen contra ellos la fuerza y la severidad. El príncipe Cuitlahuatzin repitió lo que habia dicho en la otra conferencia: que no era conveniente admitir á los extranjeros en la capital; que se enviase á su gefe un buen regalo, y que se le preguntase qué era lo que deseaba de aquel pais para el gran señor en cuyo nombre venia, y se le ofreciese la amistad y la buena correspondencia de los Mexicanos; pero que al mismo tiempo se le hiciesen nuevas instancias para que regresase á su patria. De los consejeros, unos abrazaron el dictámen del rey de Texcoco, y otros el del señor de Iztapalapan, al que se mostró mas inclinado Moteuczoma. Este desventurado rey no hallaba por todas partes sino objetos y motivos de temor. La inminente confederacion de los Tlaxcaltecas con los españoles, lo ponía en suma inquietud. Por otra parte recelaba de la alianza de Cortés con el príncipe Ixtlilxochitl, su sobrino, y su enemigo jurado, el cual desde que conspiró contra el rey de Texcoco, su hermano, no habia dejado las armas, y á la sazón se hallaba en Otompan, á la cabeza de un ejército formidable. Aumentaba sus temores la rebelion de algunas provincias que habian seguido el ejemplo de los Totonacas.

Envió pues seis embajadores á Cortés con mil trages curiosos de algodón y una buena cantidad de oro y hermosas plumas, encargándoles que le diesen la enhorabuena por sus victorias, y le ofreciesen mayores regalos si desistia del viaje á México, representándole las dificultades del camino, y otros obstáculos que no podian ser superados fácil-

mente. Partieron los embajadores con un séquito de mas de doscientos hombres, y llegados al campo de los españoles ejecutaron puntualmente lo que se les habia mandado. Cortés los recibió con los honores debidos á su carácter, y les manifestó cuán agradecido estaba á la bondad de tan gran monarca; pero los entretuvo con varios pretextos, esperando que se empeñase algun encuentro con los Tlaxcaltecas, que acreditase á los Mexicanos el valor de sus tropas y la superioridad de las armas europeas, ó que hecha la paz con la república, fuesen testigos de la severidad con que pensaba reconvenir á los Tlaxcaltecas por su obstinacion. En efecto, no tardó en presentarse la ocasion que tanto deseaba. Tres batallones enemigos atacaron el campamento español con aullidos espantosos y con una tempestad de dardos y flechas. Cortés, á pesar de haber tomado aquel dia un purgante, montó á caballo, y salió intrépidamente contra los Tlaxcaltecas, á los que derrotó sin mucho esfuerzo, á vista de los embajadores.

PAZ Y CONFEDERACION CON LOS TLAXCALTECAS.

Persuadidos al fin los partidarios del viejo Xicotencatl que no convenia á la república la guerra con los españoles, y temiendo ademas que estos se aliasen con los Mexicanos, resolvieron de comun acuerdo hacer la paz, y tomaron por mediador de ella al mismo que habia sido general en la guerra. Xicotencatl, aunque al principio rehusó aquel encargo, por la vergüenza que tenia del éxito infausto de la campaña, se vió obligado al fin á aceptar la comision. Pasó, pues, al campo de los españoles, con una noble y numerosa comitiva; saludó á Cortés en nombre de toda la república; se escusó de las hostilidades, con el pretexto de haberlo creído aliado de los Mexicanos, tanto por causa de los soberbios regalos que se le habian enviado de México, como por el gran número de gente de aquella nacion que traia consigo; prometió una paz firme, y una alianza eterna entre Tlaxcaltecas y españoles, y le

presentó un poco de oro, y algunas cargas de ropas de algodón, escusando la pequeñez del regalo con la pobreza de su país, efecto de la guerra perpetua con los Mexicanos, que impedían su comercio con las otras provincias. Cortés no omitió ninguna demostración de respeto para con Xicotencatl: fingió quedar satisfecho de sus excusas; pero exigió que la paz fuese sincera y durable, pues si llegaban á romperla, tomaría de ellos tan terrible venganza, que serviría de ejemplo á las otras naciones.

Hecha la paz, y despedido Xicotencatl, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa, en acción de gracias al Altísimo. Fácil es de imaginarse el disgusto con que verían los embajadores mexicanos aquel convenio. Quejéronse á Cortés, y le echaron en cara su demasiada facilidad en dar crédito á las promesas de unos hombres tan pérfidos como los Tlaxcaltecas. Decíanle que aquellas apariencias de paz no tenían otro objeto que inspirarle confianza para atraerlo á su capital, y hacer allí sin peligro lo que no habían podido conseguir con las armas en el campo; que comparase la conducta del senado con la del rey de México. Los Tlaxcaltecas, después de haberles concedido pacíficamente el permiso de entrar en su país, no habían cesado de hacerles la guerra, hasta que conocieron que sus esfuerzos eran inútiles. Los Mexicanos, por el contrario, no les habían hecho la menor hostilidad, ántes bien les habían prodigado los obsequios y los servicios en todos los pueblos de su territorio á donde habían llegado, y su soberano les había dado las pruebas mas relevantes de amistad y benevolencia. Cortés respondió que no creía hacer daño con aquel tratado á la corte de México, á la cual se manifestaba sumamente reconocido, pues su intención era tener paz con todos: que por lo demás, no temía á los Tlaxcaltecas, en caso de que quisieran ser sus enemigos; que para él y para los otros españoles, tanto valía ser atacados en los muros de una ciudad, como en medio del campo; tanto de día, como de noche; que ántes bien, por lo

mismo que de los Tlaxcaltecas le decían, quería ir á su ciudad, para tomar en ella una estrepitosa venganza de su perfidia.

Muy léjos estaban los Tlaxcaltecas de aquella deslealtad que les imputaban los Mexicanos, porque desde el momento en que el senado decretó la paz, fueron siempre los mas fieles aliados de los españoles, como se verá en el discurso de esta Historia. Deseaba el senado tener á Cortés con todo su ejército en Tlaxcala, para estrechar la mutua amistad de ambas naciones, y para tratar seriamente de la confederación contra los Mexicanos; y ya los senadores habían enviado mensajeros á Cortés, convidándolo á tomar alojamiento en sus casas, pues no podían sufrir que tan ilustres amigos de la república padeciesen la menor incomodidad.

NEUVAS EMBAJADAS.

No fué la alianza de los Tlaxcaltecas el único fruto que los españoles sacaron de sus victorias; pues en el mismo campo en que habían oído á sus embajadores, recibió Cortés á los de la república de Huexotzinco, y á los del príncipe Ixtlilxochitl. Los Huexotzingos, que habían sido vasallos de la corona de México, y enemigos de los Tlaxcaltecas, se habían sustraído al dominio de aquella, y confederado con estos, que eran sus vecinos, y por esto siguieron su ejemplo uniéndose con los españoles. El príncipe Ixtlilxochitl envió embajadores á Cortés, para felicitarlo por sus victorias, y para convidarlo á seguir su viaje por Teotlalpan, donde quería unir sus fuerzas con las de los españoles, para hacer la guerra al rey de México. Cortés, después de haberse informado de la calidad de las pretensiones, y de las fuerzas de aquel príncipe, aceptó de buena voluntad su alianza, y se ofreció á colocarlo en el trono de Acolhuacan.

Al mismo tiempo volvió de la capital el embajador mexicano que se esperaba, con un presente de joyas de oro, que importaban una suma considerable, y de doscientos preciosos trages de plumas, y con nuevas instancias de Moteuczoma para disuadirlo de

su viaje á México, y de la alianza con los Tlaxcaltecas: inútiles esfuerzos de la pusilanimidad de aquel monarca; pues el oro que prodigaba en sus regalos á aquellos extranjeros, no era otra cosa que el precio con que compraba las cadenas que en breve debían esclavizarlo.

SUMISION DE TLAXCALA AL REY CATOLICO.

Seis dias habían pasado después de la paz hecha con los Tlaxcaltecas, cuando los cuatro gefes de aquella república, para obligar á Cortés á ir á su capital, se hicieron llevar en sillas portátiles á su campo, con gran acompañamiento. Las demostraciones de júbilo y respeto, fueron extraordinarias por una y otra parte. Aquel ilustre senado, no contento con ratificar su alianza, prestó obediencia espontáneamente al rey católico; lo que fué tanto mas agradable á los españoles, cuanto mas cara era á los Tlaxcaltecas la libertad que de tiempo inmemorial habían gozado. Quejéronse en términos amistosos de la desconfianza del caudillo español, y con sus ruegos lo indujeron á ponerse en camino al dia siguiente para Tlaxcala.

Faltaban cincuenta y cinco españoles de los que se habían alistado en Cuba, y la mayor parte de los que quedaban, estaban heridos ó maltratados, y esto causó tanto desaliento en los soldados, que no solo murmuraban del general, sino que le rogaban volviese á Veracruz; pero Cortés los reconvinó, y con eficaces razones de honor, y con su propio ejemplo de brio y de constancia en los peligros, enardeció sus ánimos, y los dispuso á seguir en la empresa comenzada. Contribuyó en gran manera á restablecer sus esperanzas, la alianza que acababa de celebrarse.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALA.

Los embajadores mexicanos, que Cortés tenía aun consigo, rehusaron acompañarlo á Tlaxcala; pero él los persuadió á acompañarlo, prometiéndoles que á su lado estarían seguros. Superado este obstáculo, marchó el ejército con buen orden, y preparado pa-

ra cualquier novedad. En las ciudades de Tecompantzinco y de Atlhuetzian fué recibido con toda la magnificencia posible, aunque no comparable á la de la capital, de la que salieron al encuentro de los españoles los cuatro señores de la república con una bella danza de la nobleza, y con tan gran muchedumbre de pueblo, que de algunos fué estimada en cien mil personas: número verosímil, atendida la población de Tlaxcala, la novedad que produjeron aquellos hombres extranjeros, y la curiosidad que escitaron en los pueblos circunvecinos. En todas las calles de la ciudad se habían formado, según el uso de aquellas naciones, arcos de flores y ramas de árboles, y por todas partes sonaba una música confusa de instrumentos y aclamaciones, con tan grandes demostraciones de júbilo, que mas parecían celebrar el triunfo de la república, que el de sus enemigos. Este dia, tan memorable en los anales de Tlaxcala, fué el 26 de setiembre de 1519.

Era entonces aquella ciudad una de las mas considerables del país de Anáhuac. Cortés, en sus cartas á Carlos V, afirma que en el tamaño, en la población, en la calidad de los edificios, y en la abundancia de las cosas necesarias á la vida, era superior á Granada cuando fué conquistada á los moros; y que en su mercado, cuya descripción hace, concurrían diariamente hasta treinta mil traficantes. El mismo conquistador asegura, que habiendo obtenido del senado un censo de la población de la república, en las ciudades, villas y caseríos, resultaron ciento y cincuenta mil casas, y mas de quinientos mil habitantes.

Habían preparado los Tlaxcaltecas, para los españoles y para todos sus aliados, un bello y cómodo alojamiento. Cortés quiso que los embajadores mexicanos se alojasen en una habitación próxima á la suya, tanto para hacerles honor, cuanto para quitar de sus ánimos todo recelo de los Tlaxcaltecas. Los gefes de la república, para dar á los españoles un nuevo testimonio de su sincera amistad, presentaron á Cortés, según el uso

de aquellos pueblos, trescientas bellas jóvenes. Cortés las rehusó al principio, alegando que la ley cristiana condenaba la poligamia; mas despues aceptó algunas, por no disgustarlos, para que sirviesen y acompañasen á Doña Marina. A pesar de su repulsa, volvieron muy en breve á regalarle cinco de la primera nobleza, que aceptó para estrechar mas y mas los vínculos de su amistad con la república. Estas doncellas y las otras fueron prontamente instruidas, y renunciando á la supersticion de sus padres, recibieron solemnemente el bautismo, en un templo que Cortés mandó asear y componer, para celebrar en él los sacrosantos misterios de nuestra religion. Una de las cinco señoras, que era hija del príncipe Maxixcatzin, tomó en el bautismo el nombre de Doña Elvira, y fué dada al capitán Juan Velazquez de Leon: otra, hija del viejo Xicotencatl, se llamó Doña Luisa Techquiuhatzin, y se dió al capitán Pedro de Alvarado (1); y las otras tres se dieron á los capitanes Cristobal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Estimulado por tan felices principios, quiso Cortés persuadir á los gefes de la república y de la nobleza, á detestar su supersticion y reconocer al verdadero Dios; mas ellos, aunque convencidos por sus razones, confesaron la bondad y el poder del Dios que adoraban los españoles, no quisieron renunciar á sus supuestas divinidades, porque las creían necesarias á la felicidad humana. "Nuestro dios *Camaxtle*, decían, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa *Mallalcueye* envía la lluvia necesaria á nuestros campos, y nos defiende de las inundaciones del rio Zahuapan. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de nuestra vida, y su cólera, provocada por nuestra in-

[1] Tuvo Alvarado de Doña Luisa dos hijos, Don Pedro y Doña Leonor. Esta se casó con Don Francisco de la Cueva, caballero del orden de Santiago, gobernador de Guatemala y primo del duque de Alburquerque. De este matrimonio nacieron muchos hijos.

gratitud, podria atraernos los mas terribles castigos." Cortés, animado de un celo demasiado ardiente y violento, queria hacer con los ídolos de Tlaxcala, lo mismo que habia hecho con los de Cempoala; pero el padre Olmedo y otras personas prudentes lo disuadieron de tan temerario atentado, haciéndole ver que aquella violencia, ademas de no ser conveniente á la pacífica promulgacion del Evangelio, podria ocasionar la total ruina de los españoles, en una ciudad tan populosa y tan adicta al culto supersticioso que profesaba. No cesó, sin embargo, en los veinte dias que allí se detuvo, de reconvenir á los Tlaxcaltecas por la abominable crueldad de sus sacrificios, inculcándoles la pureza y la santidad de la religion cristiana, la falsedad de aquellos númenes que adoraban, y la existencia de un Ser Supremo, que rige todas las causas naturales, y vela con admirable providencia sobre la conservacion de sus criaturas. Estas exhortaciones, hechas por un hombre de tanta autoridad, y de quien habian formado los Tlaxcaltecas tan sublime concepto, aunque no produjeron todo el fruto que se deseaba, fueron muy útiles; pues movido por ellas el senado, mandó que se rompiesen las jaulas, y que se pusiesen en libertad los prisioneros y los esclavos que se guardaban para ser sacrificados á sus dioses en las fiestas solemnes, ó en las necesidades públicas del estado.

Así se establecía cada dia mas, con nuevas demostraciones, la alianza de los Tlaxcaltecas, en despecho de las continuas sugerencias que los embajadores mexicanos hacían para romperla. Cortés, aunque bien persuadido de la sinceridad de los Tlaxcaltecas, habia dado orden á sus tropas para que estuviesen siempre armadas, por lo que pudiera sobrevenir. Ofendióse de esto el senado, y se quejó amargamente de la desconfianza de Cortés, despues de tantas y tan incontestables pruebas de buena fe como los Tlaxcaltecas le habian dado; pero Cortés se escusó, protestando que aquello no se hacia por desconfianza, sino por ser costumbre establecida entre los españoles. Con

esta respuesta quedaron satisfechos, y tanto les gustó aquella disciplina, que Maxixcatzin quiso introducirla en las tropas de la república.

Finalmente, Cortés despues de haber adquirido en el tiempo de su mansion en Tlaxcala, una noticia mas exacta de la situacion de la ciudad de México, de las fuerzas de aquel reino, y de todo lo que podia coadyuvar al éxito de sus designios, determinó continuar su viaje; mas ántes de partir, regaló á los Tlaxcaltecas un gran número de los trages mas hermosos que le habia enviado Moteuczoma. Estaba dudoso sobre el camino que debia tomar para dirigirse á la capital del imperio. Los embajadores mexicanos querían que fuese por Cholula, donde se habia preparado un gran alojamiento para toda su gente: los Tlaxcaltecas lo disuadieron de aquel plan, manifestándole la perfidia de los Cholultecas, y aconsejándole que se encaminase por Huexotzinco, estado confederado con los Tlaxcaltecas y con los españoles; mas Cortés se resolvió á ir por Cholula, tanto por complacer á los embajadores, como para acreditar á los Tlaxcaltecas el poco caso que hacia de los esfuerzos de sus enemigos.

Los Cholultecas habian sido aliados de Tlaxcala; pero á la llegada de los españoles se habian confederado con los Mexicanos, y eran enemigos jurados de la república. La causa de esta gran enemistad habia sido la perfidia de los mismos Cholultecas. Estos, en una batalla que, como aliados de Tlaxcala, habian dado á las tropas de México, estando en la vanguardia del ejército, se pusieron, por una repentina evolucion á retaguardia, y atacando á los Tlaxcaltecas por la espalda, miéntras los Mexicanos peleaban de frente, hicieron en ellos grandes estragos. El odio que encendió en los Tlaxcaltecas esta detestable traicion, solo buscaba ocasiones de venganza, y ninguna les pareció mas oportuna que la de aquella alianza con los españoles. Para inspirar el mismo odio á Cortés, y moverlo á declarar la guerra á Cholula, le hicieron ver que

la conducta de aquellos pueblos para con él, era muy sospechosa; pues no le habian enviado mensajeros para complimentarlo, como lo hicieron los Huexotzingos, no obstante la distancia á que se hallaban. Referíanle ademas el mensaje que decían haber recibido de ellos, reconviniéndolos por su alianza con los españoles, llamándolos cobardes y viles, y amenazándolos que morirían todos anegados, en el punto y hora en que emprendiesen algun ataque contra aquella santa ciudad; pues entre otros errores de su creencia, se figuraban que siempre que quisieran, podían, solo con echar abajo los muros del templo de Quetzalcoatl, hacer brotar rios caudalosos, que en un momento inundarian la ciudad: y aunque los Tlaxcaltecas no dejaban de temer aquel infortunio, el deseo de la venganza era mas poderoso que el miedo en sus corazones.

Convencido Cortés por aquellas sugerencias, envió cuatro nobles Tlaxcaltecas á Cholula, para saber de los señores de aquella ciudad el motivo de no haber tenido con él la consideracion de que habian usado los Huexotzingos. Los Cholultecas se escusaron con la enemistad de los Tlaxcaltecas, de los cuales no podían fiarse (1). Esta respuesta fué enviada por cuatro plebeyos, lo que era una manifiesta demostracion de desprecio. Aconsejado Cortés por los Tlaxcaltecas, mandó decir á aquellos señores por medio de cuatro Cempoaltecas, que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España, no debia confiarse á tan viles mensajeros, cuando ni aun ellos mismos

(1) Torquemada añade que los Cholultecas retuvieron al principal de los mensajeros tlaxcaltecas, llamado *Patlahuatzin*, y que con inaudita crueldad le desollaron el rostro y los brazos, y le cortaron la nariz; mas esto es falso, porque aquella crueldad no podia ser ignorada por los españoles, pues ni Bernal Díaz ni Cortés, ni ninguno de los historiadores antiguos hace mencion de ella. Cortés no la hubiera omitido en su carta á Carlos V, en justificacion del castigo que impuso á los Cholultecas; ni es verosímil que despues de tamaño atentado cometido contra uno de sus mensajeros, hubiese aguardado otros indicios de la mala fe de aquella gente.

eran dignos de recibirla: que supiesen que el rey católico era el verdadero dueño de aquellos países, y que él venia en su nombre á exigir homenaje de sus pueblos: que los que se sometiesen serian honrados, y los rebeldes, castigados como merecian; que, por tanto, comparciesen en el término de tres dias á tributar obediencia á su verdadero soberano, y que si así no lo hacian, serian tratados como enemigos. Los Cholultecas, aunque se burlaron interiormente, como era probable, de tan arrogante embajada, para disimular su maligno intento, se presentaron al siguiente dia á Cortés, rogándole que escusase su falta, ocasionada por la enemistad de los Tlaxcaltecas, y reconociéndose, no solo amigos de los españoles, sino vasallos de su rey.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN CHOLULA.

Resuelto, pues, el viaje por Cholula, salió Cortés de Tlaxcala con toda su gente, y con un gran número de tropas de aquella república (1), que muy en breve licenció, conservando solo seis mil hombres. Poco ántes de llegar á Cholula, salieron á su encuentro los principales señores y sacerdotes, con incensarios en las manos; y despues de las acostumbradas ceremonias de respeto, dijeron al general que entrase con todos sus españoles y con los Totonacas, pero que no permitiese lo acompañasen los Tlaxcaltecas, á quienes miraban como enemigos. Consintió en ello Cortés por complacerlos, y los Tlaxcaltecas quedaron acampados fuera de la ciudad, imitando en la disposicion del campo, en el orden de las centinelas, y en todo lo demas, la disciplina militar de los españoles. A la entrada del ejército español, hubo la misma concurrencia, y las mismas ceremonias, aclamaciones y obsequios

(1) Cortés dice que los Tlaxcaltecas que lo acompañaron hasta seis millas ántes de llegar á Cholula, eran cien mil guerreros, poco mas ó ménos. Bernal Diaz cuenta tan solo dos mil de los diez mil que ofreció el senado; mas esta seguramente es una distraccion de aquel escritor.

que en Tlaxcala; mas nó con la misma sinceridad.

Era entónces Cholula una ciudad populosa, distante diez y ocho millas de Tlaxcala, y cerca de sesenta de México, y no ménos célebre por el comercio de sus habitantes, que por su religion. Su situacion, como en la actualidad, era una bella llanura, á poca distancia de aquel grupo de altas montañas que circundan el valle de México, por la parte de Levante. Su poblacion en aquel tiempo, segun afirma Cortés, era de cerca de cuarenta mil casas, y casi habia otras tantas en los lugares vecinos que le servian como de arrabales. Su comercio consistia en manufacturas de algodón, joyas y vajilla de barro, siendo muy famosos sus joyistas y alfareros. Por lo que respeta á la religion, puede decirse que Cholula era la Roma de Anáhuac. Como el célebre Quetzalcoatl se habia detenido tanto tiempo en aquella ciudad, y habia favorecido tanto á sus habitantes, despues de su apoteosis se le consagró allí un culto especial. La extraordinaria muchedumbre de templos que allí habia, y especialmente el mayor, erigido sobre un monte artificial, que hasta ahora subsiste, atraian á aquel pueblo, que se reputaba santo, un número infinito de peregrinos, no solo de las ciudades vecinas, sino tambien de las provincias mas remotas.

Fué alojado Cortés con todas sus tropas en unas casas grandes, donde los dos primeros dias fueron abundantemente provistos de víveres; pero muy en breve empezaron á escaséarselos, hasta que llegó el caso de que solo les suministraban agua y leña. Ni fué este el único indicio que dieron de sus torcidas intenciones, pues á cada momento se ofrecian nuevos anuncios de la traicion que meditaban. Los aliados Cempoaltecas habian observado que en las calles de la ciudad se habian construido unos grandes agujeros, en que se habian plantado estacas agudas, cubriéndolas despues con tierra; lo cual no podia tener otro objeto, que el de inhabilitar los caballos. Ocho hombres,

venidos del campo tlaxcalteca, le avisaron que habian visto salir de la ciudad gran muchedumbre de mugeres y niños; señal indudable en aquellas naciones de una guerra inminente. Ademas de esto se sabia que en algunas calles se formaban trincheras, y que habia grandes montones de guijarros en las azoteas de las casas. Finalmente, una señora cholulteca, que se habia prendado de la hermosura, del ingenio y de la discrecion de Doña Marina, la rogó que se salvase en su casa del peligro que amenazaba á los españoles: con lo que esta tuvo ocasion de informarse de toda la trama, y de ella dió cuenta inmediatamente á Cortés. Este supo, de boca de la misma señora cholulteca, que sus compatriotas habian concertado el exterminio de todos los españoles, con el auxilio de veinte mil Mexicanos, acampados cerca de la ciudad (1). No satisfecho con todos estos datos, encargó á Doña Marina que emplease todas sus artes en hacer venir á su alojamiento dos sacerdotes, los cuales confirmaron todo lo que la señora habia descubierto.

Viéndose Cortés en tan grave peligro, determinó emplear todos los medios oportunos para salvarse. Mandó llamar á su presencia á las personas de mas alto carácter de la ciudad, y les dijo que si tenian alguna queja contra los españoles, la espusiesen claramente, como convenia á hombres de honor, y se les daria la competente satisfaccion. Ellos respondieron que estaban satisfechos de su conducta, y prontos á servirlo; que cuando resolviese marchar, seria abundantemente provisto de todo cuanto necesitase para el viaje, y que aun se le darian fuerzas para su seguridad. Aceptó Cortés la oferta, y señaló el dia siguiente para su marcha. Los Cholultecas se fueron contentos, porque les parecia que todo se preparaba felizmente para el éxito de sus designios; y para asegurarlos mas, sacrificaron á sus di-

(1) Bernal Diaz dice que el ejército mexicano, segun se supo, era de veintemil hombres: Cortés dice que los mismos señores de Cholula le confesaron que no bajaba de cincuenta mil.

ses, segun dicen, diez niños, cinco de cada sexo. Cortés reunió á sus capitanes, les descubrió las intenciones malvadas de aquellos hombres, y les mandó que le dijese su dictámen sobre lo que debia hacerse en tanto aprieto. Algunos querian que se evitase el peligro, retirándose á la ciudad de Huexotzinco, distante apénas nueve millas de Cholula, ó bien á Tlaxcala; pero la mayor parte se sometieron á lo que decidiese el general. Cortés dió las órdenes que le parecieron mas conducentes á su intento, protestando que no se creia seguro en México, si no dejaba bien castigada aquella pérfida ciudad. Mandó á las tropas auxiliares de Tlaxcala, que al dia siguiente, al despuntar el sol, cayesen de pronto sobre ella, destruyendo cuanto encontrasen, y respetando tan solo las mugeres y los niños.

CATASTROFE DE CHOLULA.

Llegó finalmente aquel dia que debia ser tan infausto para los Cholultecas. Aparejaron los españoles sus caballos, apercebieron la artillería y las armas, y se formaron en un gran patio de su alojamiento, que debia ser el teatro principal de aquella tragedia. Llegaron los Cholultecas al rayar el dia. Los señores, con unos cuarenta nobles y los hombres de carga, entraron en las salas y en las cámaras para tomar el equipaje; mas en breve se les pusieron guardias para que no pudiesen salir. Las tropas cholultecas, á lo ménos una gran parte de ellas, entraron en el patio con otros nobles, á peticion sin duda del mismo Cortés, el cual, montando á caballo, les habló en estos términos: "Yo, señores, me he esmerado en granjearme vuestra amistad: entré pacíficamente en esta ciudad, y ni yo, ni ninguno de los míos, os hemos hecho el menor perjuicio; ántes bien, para que no tuvierais queja, no quise permitir que entrasen conmigo las tropas tlaxcaltecas. Ademas, os he rogado que me digais claramente si habeis recibido de nosotros algun agravio, para daros la debida satisfaccion; pero vosotros, con detestable perfidia, habeis urdido,